

IV

Durante algunos instantes reinó el silencio. Alicia tomó de los pies del lecho una bata de merino color crema, metió los pies en unas zapatillas de seda azul, y salió al gabinete: entonces pudo verse la extrema flacura de su persona, y los ángulos que una vida agitada y una serie de decepciones habían dejado en su figura de ninfa; ya no era bella, ni aun bonita; la tez biliosa, los ojos apagados, con los bordes enrojecidos, la expresión dura y acerba, la desdichada sólo inspiraba una profunda antipatía. Después de dar una vuelta por la estancia se acercó á la ventana, y á través de los cristales miró el cielo radioso de aquel hermoso día; una cosa parecida á una lágrima brilló en sus ojos, y dejándose caer en un sillón, se cubrió el semblante con las manos, dejando escapar un largo suspiro de tristeza y desaliento. Cecilia, conmovida, se acercó á ella.

—¿Sufre Vucencia?—le preguntó dulcemente.

—Sí, sufro como un condenado—repuso Alicia con voz sorda;—sufro horriblemente.

—¿Puedo yo aliviar en algo á Vucencia?

—No; en nada. Estoy pensando en que cuando

una mujer deja de ser joven y amada, debiera morir... ¡Pero yo no tengo aún edad para estar así! ¡Aparento veinte años más! ¿Cómo ha hecho usted para conservarse tan fresca y tan bonita, cuando yo estoy tan fea?

—Nada he hecho, señora, sino trabajar incesantemente y llevar con paciencia las pruebas que el cielo me ha enviado. Mi vida ha sido sencilla, humilde, sin grandes acontecimientos y sacudidas; y en cuanto á lo demás, las mujeres que nunca hemos sido bonitas, nos desfiguramos mucho menos que las que lo son.

—Yo hallo cerca de usted, y oyendo su voz, una paz profunda—dijo Alicia.—Me parece que veo ahora mundos desconocidos en los que no he penetrado jamás. ¡Oh!; he tenido la desgracia de que sólo me han enseñado lo frívolo, lo ligero. No vi nunca trabajar á mi madre, no la vi rezar jamás; sólo la veía llorar y desesperarse cuando no tenía dinero. ¡Pobre madre, y pobre de mí! ¡Qué mala suerte la de las dos!

—¡Oh, señora!; la de Vucencia puede mejorar—exclamó Cecilia, que lloraba al oír los lamentos de la Duquesa.—Tenga Vucencia el valor de acercarse á su marido; dedíquese Vucencia á aliviarse. ¡Está tan triste!; ¡es tan desgraciado! Vucencia puede hacer mucho por él y por sí misma; porque la felicidad sólo reside en el sacrificio y en la abnegación: sólo haciendo la dicha de los demás podemos lograr la nuestra.

—Mi querida Cecilia—dijo la Duquesa mecien-do la cabeza,—ha llegado usted muy tarde á mi lado: hay ya en mi corazón un depósito tan amargo, que toda la mansedumbre de usted no es bastante á endulzar. Yo odio á mi marido: es bajo, cruel, vengativo, y no me amó jamás; le agradé porque yo era muy bonita y muy coqueta; pero á los pocos meses de hacer mi conquista, ya estaba cansado de mí, y yo cansada de él; le traje á mi lado un deseo ruin, el deseo de vengarse de un hombre al que miraba como á su más grande enemigo: me lo ha confesado después. Cansado de la vida, porque estaba unido á mí como el presidiario á su compañero de cadena, me ha abandonado los restos de una fortuna que ya hacía tiempo había destruído en más de su mitad; y yo, desdichada también, aburrída de muerte, no he procurado conservar los pocos medios de vida que nos quedaban; hoy nuestra ruina es tan completa como nuestra desventura: mutuamente nos aborrecemos, nos despreciamos y nos abandonamos.

—¡Oh, señora, por Dios; haga Vucencia un esfuerzo!—exclamó Cecilia, que había palidecido al ver al desnudo aquella alma gangrenada;—¡á la mujer es á la que toca perdonar! Todos los días lo decimos en nuestras oraciones: *perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.*

—Yo no rezo—dijo la Duquesa con voz ronca.

—¿Y por qué, señora?

—Porque no sé ni tengo gana.

—¿Quiere Vucencia que oremos juntas? ¿Quiere hacerme el favor de asociarme á sus ruegos?

—No—contestó Alicia;—mi ruego sería estéril: no creo en nada.

—¡Oh, señora mía!—dijo Cecilia con los ojos llenos de lágrimas;—recuerde Vucencia sus oraciones de niña..., las que su madre le enseñaba.

—¿Mi madre?—repuso Alicia con una carcajada nerviosa;—ya he dicho que mi madre no rezaba nunca.

—¡Ah!; ¡qué gran desgracia! De ahí nacen todas las desdichas de Vucencia. Sólo ha tenido madre material, madre que la ha concebido y la ha dado á luz; pero la madre moral, la madre que encamina á Dios nuestros primeros pensamientos, la que nos da las nociones del bien y del mal, ésa, que es la madre verdadera, no la ha conocido Vucencia.

—Mi madre era muy hermosa, era amable y encantadora—dijo la Duquesa, cuyo marchito rostro se iluminó con una expresión de entusiasmo.—Mi madre no hablaba jamás de rezos ni de cosas tristes; decía, por el contrario, que cada uno debía gozar en el mundo todo lo posible; que la fortuna de la mujer residía únicamente en saber agradar, en encadenar la voluntad del hombre y en conservar ella una perfecta indiferencia y tranquilidad de corazón: de esta manera, según ella, se dominaban los acontecimientos y se ad-

quiría la fortuna; de esta manera se conservaban las mujeres eternamente jóvenes y bellas, y de este modo no había horas de lágrimas y de dolor.

—Pero la juventud y la belleza no son eternas, y el día que desaparecen, ¿qué resta á la desdichada que piensa así?

—¿Qué sé yo? Mi madre murió joven...

—Podía haber vivido largos años, y no creyendo en una vida mejor, y viendo ésta árida y vacía de todo goce, ¿qué hubiera sido de ella? ¿Qué será de Vucencia si ha creído esas tristes máximas? Pero no—prosiguió la institutriz con dulzura;—Vucencia tiene felizmente deberes morales que cumplir. Vucencia tiene un esposo y dos hijos que son buenos...

—No tengo á nadie... Ya he dicho á usted que detesto á mi marido...; en cuanto á mis hijos..., ¡oh!, mis hijos...

La Duquesa se detuvo. Cecilia esperó, con el pecho palpitante, el fin de la frase; tras de algunos instantes de fatídico silencio, la Duquesa añadió:

—¡Mis hijos me aborrecen á mí!

—¡Oh, eso no; eso no!—dijo Cecilia con vehemencia.—¡Aborrecer á su madre! ¿Puede ser eso posible?; y aunque lo fuera, aquí estoy yo para evitarlo, para decirles constantemente que deben amar á su madre tanto más cuanto sea más desgraciada.

Cecilia lloraba al hablar así: gruesas lágrimas

se deslizaban por sus blancas mejillas. La Duquesa la miró atentamente, y luego, tomándole la mano, le dijo:

—Es usted una excelente criatura, y no quiero que me crea peor de lo que soy. No está mi corazón muerto del todo; vive en él un sentimiento grande, profundo, tierno y doloroso á la vez; yo amo, yo amo con el único amor de mi vida, con toda la vehemencia que en ningún otro amor he gastado: ¡yo adoro á un muerto!

—¡Á un muerto!

—Sí; yo adoro á mi primer marido: yo me acuerdo de Tomás Barrientos, como del único ser grande y bueno que he conocido. Yo recuerdo ahora sus nobles acciones, sus palabras más nobles todavía, la santa ternura con que me amaba, la grandeza de alma con que se arruinaba porque yo tuviese lujo, goces y trenes. Recuerdo que nos recogió en un camino pidiendo limosna á mi madre y á mí, que me elevó hasta él y que me hizo su mujer; á mí, hija de una desdichada; á mí, renegada por mi padre; á mí, quizá hija del crimen y concebida en el adulterio...!

—Entonces, señora, Vucencia está salvada—dijo Cecilia con acento conmovido.—Ese dulce y gratísimo recuerdo que Vucencia guarda, prueba que en su alma hay fibras sensibles y generosas; y ese noble esposo que tanto la amó, le conseguirá de Dios fuerzas para seguir por el árido camino de la vida. Piense siempre en él, sí; hable con él por

medio de la oración, que es la única manera de comunicarnos con nuestros muertos, y él la llamará un día á su lado.

Estas palabras no parecieron producir grande efecto en el ánimo de la Duquesa: con sus claros ojos perdidos en el vacío, parecía seguir un pensamiento que la preocupaba por completo, y se podía creer que veía con los ojos del alma la noble sombra de Tomás Barrientos.

—¡Y yo le llamaba *el labriego* y *el aldeano*!—prosiguió;—¡y yo le seducía con impúdicas caricias para arruinarle, para que no viera mis coquetías con otros!; y cuando yo me reía de lo que llamaba su estupidez, cuando yo me burlaba de él, le oía decir, mirando á sus hijos: «¡Dios mío, tened piedad de nosotros!»; ¡y grande fué la piedad del Dios que invocaba! ¿Sabe usted de qué manera se significó esa piedad?: permitiendo que mi pobre Tomás cayese muerto con una bala en el pecho...

Una lúgubre carcajada terminó estas palabras; las facciones de Alicia se habían descompuesto de nuevo, tomando su áspera y amarga expresión: su sonrisa terrible y nerviosa parecía desafiar al cielo. Después de una pausa, continuó así:

—¡El justo, el honrado, el que sabía amar y respetar á su mujer, el que adoraba á sus hijos, el que perdonaba siempre, cayó ante el revólver del seductor de su mujer, del libertino de profesión, del hombre cruel y vengativo! Convenga us-

ted conmigo en que el Dios de los creyentes se duerme algunas veces. Tomás le pedía piedad, y le envió la muerte...

—Que es un beneficio inmenso algunas veces, señora, y que lo fué en esa ocasión. Aquel ser noble, caritativo, amante, superior, en una palabra, no podía vivir después de saberse deshonrado, después de saber que la que amaba más que á su vida le había engañado durante muchos años. Dios no le quiso suicida, y le hizo víctima, le hizo mártir, para llevárselo á su lado.

—Quizá tiene usted razón—murmuró con voz tan lánguida la Duquesa, que apenas llegó á los oídos de Cecilia.

Y con las manos cruzadas y la cabeza inclinada sobre el pecho permaneció algunos instantes.

—Dios es siempre justo—repuso Cecilia con acento dulce y persuasivo.—Él ha hecho que Vucencia adore la memoria de su primer esposo, y que el cariño que ha tenido al segundo se convierta en indiferencia...

—¡No; en odio, en aversión profunda!

—No extrememos nada, y menos aún los sentimientos, señora: la imaginación lo abulta todo. Persuádase Vucencia de que sólo le es indiferente el señor Duque, y quizá sólo con creerlo así podrá aún cumplir sus deberes de esposa y de madre...

—¡Pero si yo no he amado jamás á ese hombre!—exclamó con violencia la Duquesa.—Yo no

he amado más que á mí misma; y cuando he visto que una gran soledad iba invadiendo mi vida, mi pensamiento no se ha ido al vivo, no; se ha vuelto todo entero al muerto. Yo no tengo la culpa de eso: no se manda ni en el corazón ni en el pensamiento: eso bien lo debe usted saber...

—Sí, lo sé; lo sé bien, señora Duquesa. Pero á la vez que ama al muerto, no niegue su compasión al que vive, que es más desgraciado, y que acaso lo es por el amor que la ha tenido: ya sabe Vucencia que desde la terrible herida que recibió aquel día fatal...

—¡Aquél fué el día de la justicia!—interrumpió Alicia con violencia.—¡Mi hijo fué el vengador de su padre! Hizo lo que debió, negando al asesino la entrada en su casa... Cecilia, desde que el recuerdo de Tomás es mi solo refugio, me parece que empiezo á tener entrañas de madre... Pero basta por hoy, amiga mía... Déjeme usted, que necesito estar sola...; estoy enferma y fatigada.

—Señora Duquesa—dijo Cecilia, poniéndose de rodillas delante de la Duquesa y cruzando sus manos con una gracia elocuente,—concédame Vucencia una gracia que voy á pedirle..., la primera..., la única...

—Concedida.

—Pues bien; se reduce á una cosa sencilla: á que cada noche, al ir á acostarse, diga mirando al cielo: «Tomás, pídele á Dios piedad para mí y para nuestros hijos».

La Duquesa se acercó á Cecilia, la echó al cuello ambos brazos, y ocultando la cabeza en el seno de la institutriz, prorrumpió en sollozos hondos y profundos.

Cecilia esperó á que se calmase aquella crisis nerviosa; reclinó á Alicia en un sillón, y llamando á su doncella para que estuviera á su cuidado, salió despacio de la estancia donde tan terribles revelaciones había oído.

—Vamos ahora al otro—se dijo,—al más desventurado. Señor, dadme fuerzas, y no me dejéis abandonada y sola bajo las negras alas del dolor; ya sabéis que no tengo amparo en toda la extensión de la Tierra, y que toda mi confianza reside en vos: ayudadme, Señor, porque es muy pesada mi cruz.

V

Eva leía sentada en un ancho sillón de terciopelo color granate oscuro: su dulce figura de trece años se destacaba del fondo vigoroso como una de esas ideales que nos ofrecen los cromos alemanes, y que no por haberse vulgarizado á causa de lo ínfimo de su precio, dejan de ser poéticas y bonitas. Á tres ó cuatro pasos de distancia, el Duque de Medellín, envuelto en una bata algodonada, pálido y demacrado como un espectro, escuchaba la lectura con el codo apoyado en el brazo del sillón y la mejilla apoyada en la palma de la mano, amarilla como el marfil usado.

La consunción terminaba su siniestro trabajo. Fabián no era ya más que la sombra de sí mismo: la bala de Gonzalo le había atravesado un pulmón, y hacía tres años que su vida no era otra cosa que un sufrimiento prolongado. Ya enfermo de antes á consecuencia de los excesos de una juventud borrascosa, Fabián veía acercarse á la muerte, no sólo sin terror, sino con una especie de alegría siniestra. Nada le halagaba en el mundo, y nada podía esperar de él: el amor, la fortuna, la alegría, todo había huido; y en medio de las

tinieblas que le circuían, sus ojos se habían abierto algún tanto á la luz de la fe religiosa, único alivio de las penas que no tienen consuelo; nunca había sido ateo con el valor temerario, pero noble en algún modo, de los que niegan rotundamente; la angustiosa duda era lo que residía en su alma, porque todo en él era indeciso, vago, y ningún sentimiento tenía en él la firmeza inquebrantable de la convicción. Arrastrado por el ejemplo, dueño desde muy joven de una pingüe fortuna, Fabián no había sido ni más bueno ni más malo que los otros, y se había dejado llevar por las corrientes del siglo.

Sin embargo, había en su alma más aspiraciones al bien que afición al mal, y prueba de ello era lo verdadero de su amor por Amparo, su deseo de reconocer á su hija, y el dolor que le causó la muerte de ambas.

El mal le repugnaba profundamente, y á los pocos meses de sus relaciones con Alicia sentía una fatiga moral que le abrumaba; por instinto, porque su inteligencia no era muy elevada, buscaba en aquella mujer alguna cualidad noble, algo que la absolviese del perpetuo delito de adulterio en que se había sumergido sin lucha, sin batalla, fría y decididamente, y de cada una de aquellas pesquisas mentales Fabián había quedado desanimado y triste, sin hallar en Alicia más que materialismo y frialdad de corazón.

Soportó su cadena como soportan la suya los

penados por la ley; temía al escándalo, y sabía que Alicia no retrocedería ante él, porque lo que deseaba ella ante todo era la notoriedad y el llamar la atención, de cualquier modo que fuese, y después de su casamiento aceptó la herida de su joven enemigo Gonzalo Barrientos como una merecida expiación por haber causado la desgracia y la muerte de su padre.

En medio de las sombras de su vida apareció una dulce figura: la de Cecilia. Cuando entraba en su cuarto para vigilar los cuidados de la enfermera, el Duque sentía una grata impresión de bienestar; la veía ir y venir, ocuparse de los menores detalles, atenta y silenciosa como una hada benéfica, y muchas veces se decía:

—Yo me hubiera casado si hubiera encontrado una mujer como ésta, y hoy sería feliz en un hogar legalmente constituido y rodeado de mi familia, mientras que así...

Este pensamiento, cada vez más persistente, se había apoderado por completo de la débil cabeza del Duque, que sin saber cómo se fué ape- gando á la dulce aparición, único encanto de sus largas horas de soledad y de tristeza. Deploraba con toda su alma el haber dado muerte á Barrientos, y maldecía la estúpida ley del honor que había guiado su mano; y no sólo había perdonado al hijo vengador la defensa de la casa de su padre, sino que admiraba el valor material y moral del adolescente, y hubiera querido tenerle á su lado,

como á Eva, y hacer con él las veces del padre que le había arrebatado; pero aquel niño fiero y orgulloso hubiera sabido morir antes que cruzar la palabra con el matador de su padre.

El Duque escuchaba, al parecer atentamente, la lectura que le hacía Eva. El libro era una de las obras maestras del ilustre Bulwer, quizá la mejor de todas las suyas, la titulada *Ernesto Maltravers*, tenida en el mundo de las letras por la historia de la vida de su glorioso autor, y escrita, por lo mismo, con exquisito sentimiento y profunda convicción. La niña leía con voz dulce y cadenciosa, cuando, alzándose la cortina de la puerta, apareció en ella la esbelta figura de la institutriz, que se detuvo en el umbral como temerosa de interrumpir la lectura. Eva, que la había visto, se detuvo.

—¿Va usted á relevarme?—le preguntó la niña con una débil sonrisa.

—Si usted quiere, sí—contestó Cecilia.

—¿Ha visto usted ya á mamá?

—Vengo de su habitación.

Eva alargó el libro á su aya y le preguntó:

—¿Conoce usted esta obra? *Ernesto Maltravers*.

—La conozco, sí, querida mía, y la he leído dos ó tres veces.

—¡Qué bella es!

Cecilia guardó silencio.

—¿No es del agrado de usted?—preguntó Fabián.

—No mucho, señor Duque.

—Pasa, pues, por una obra maestra.

—Lo sé, y no hay libro mejor escrito; pero á mis ojos le falta la primera condición.

—¿Cuál es?

—El sentimiento: cuando el alma del autor no toma parte en la confección de un libro, éste resulta frío y artificial; de este género son todas las obras del insigne inglés: él, que nunca amó, pinta amores convencionales; él, que no ha reconocido jamás ni frenos ni deberes, pinta al deber con una severidad que dista mucho de la amable atracción que debe rodearle; fué mal padre y mal esposo, y por eso sus cuadros de familia carecen de encanto y de color; por eso ni *Ernesto Maltravers* ni ningún otro libro de su autor me satisfacen cumplidamente.

—¿Cuál es el autor favorito de usted, señorita? —preguntó el Duque, cuyo rostro cadavérico se animó de repente;—dígame usted, para ver si pensamos lo mismo.

—Yo amo mucho al honrado Carlos Dickens.

—Y yo también. ¡Qué deliciosa es *La petite Dorrit*, aquella niña pequeña y contrahecha, que se consagra á su padre, preso por deudas y vicioso empedernido! Si eso no es verdad, á lo menos debiera serlo, y eso basta para que un libro sea bueno y consolador: por eso las obras de Carlos Dickens consuelan, y las de Bulwer hacen mucho daño: cuando el bien es recompensado, es siempre

por medios violentos, al paso que el bien en los libros de Dikens resulta de la marcha natural de los sucesos.

—Su Excelencia la señora Duquesa llama á la señorita Eva—dijo la camarera de Alicia que apareció á la puerta de la estancia.

La niña fijó en su aya una mirada sumamente triste: casi nunca veía á su madre, y el humor desapacible de la Duquesa y su acerba irascibilidad amedrentaban á la pobre niña. Cecilia le hizo con la vista una señal imperceptible para que acudiese al llamamiento maternal, y Eva salió de la estancia.

—Señorita—dijo el Duque así que se quedaron solos,—¿querrá usted leerme una novela de Dikens en inglés?

—Eva la puede leer también, señor Duque—repuso gravemente Cecilia;—sabe el inglés lo mismo que yo: ella se prestará gustosa.

—Sí; Eva es un ángel—dijo el Duque con un suspiro;—pero su voz no tiene para mi oído el encanto de la de usted: sólo con oír su acento de usted se calman todos mis padecimientos, la fiebre se apaga en mis venas, y mi sangre circula con mayor libertad. ¡Ah, Cecilia! ¿Por qué no la he conocido á usted antes? He visto en usted el ideal de la mujer buena, dulce é inteligente; de la mujer tal como debe ser, y no tal como yo la he conocido. Cuando no está usted cerca de mí, y no está casi nunca, todo es sombra en derredor mío, todo

me hiere y me mortifica, todo me es odioso. ¡Soy tan desgraciado!

—Dichosos los que sufrimos aquí—dijo dulcemente Cecilia;—allá todo serán compensaciones. Hay un libro, señor Duque, mejor que los de Carlos Dikens, mejor que todos los del mundo, porque enseña la resignación y la esperanza de una vida mejor; yo leo en él cada día algunos minutos, y á eso debo, no sólo el valor con que he soportado la vida, sino también la paz inalterable de mi alma.

—¿Cómo se llama ese libro?

—Kempis: por otro nombre, *Imitación de Cristo*.

—¿Quiere usted leerme en él algún rato?

—Desde mañana—contestó alegremente Cecilia;—y Vucencia verá qué gran consuelo siente. Por donde quiera que se abra, se encuentra el consuelo ó el consejo que se necesita: está escrito para todas las penas, para todos los corazones doloridos. Mire Vucencia, yo lo llevo siempre conmigo.

La institutriz sacó de su bolsillo un pequeño volumen en 8.º, bastante usado; lo abrió al acaso, y leyó con voz dulce y reposada:

«Si de buena voluntad llevas la cruz, ella te llevará y guiará al fin deseado, donde será el fin de padecer, aunque aquí no lo sea. Si contra tu voluntad la llevas, la haces más pesada y te molesta más, y por tanto conviene que la sufras. Si desechas una cruz, sin duda hallarás otra, y qui-

zá más pesada. ¿Piensas tú escaparte de lo que ninguno de los mortales pudo eximirse? ¿Quién de los santos estuvo en el mundo sin cruz ni tribulación? Sufre, pues, la tuya con paciencia...»

—¿Ha leído usted muchas veces ese libro?— preguntó el Duque.—Quizá en él es donde ha encontrado esas firmes creencias que la apartan de toda tristeza, ¿no es cierto?

—Lo he leído muchas veces, sí, señor Duque, y leo en él todos los días—contestó Cecilia;—en él reside toda la fortaleza del cristianismo: léale Vuecencia alguna vez, y la tranquilidad descenderá á su alma.

«Miserable serás donde quiera que estés y donde quiera que te vuelvas, si no te convirtieras á Dios. ¿Por qué te afliges de que no te suceda lo que quieres y deseas? ¿Quién es el que tiene todas las cosas á medida de su voluntad? Ni yo, ni tú, ni hombre alguno sobre la tierra: ninguno hay en el mundo sin tribulación ó angustia, aunque sea rey. Pues ¿quién es el que está mejor? Ciertamente, el que sabe padecer por Dios» (1).

Cecilia leyó estas frases pertenecientes á la *Consideración de la miseria humana*, con su voz lenta y dulce, y espionando al concluir, en la abatida fisonomía del enfermo, el efecto que le producían: el Duque se quedó pensativo, pero nada dijo, y

(1) Kempis, libro 1.º, cap. 22.

Cecilia fué la que rompió el silencio, que duró algunos instantes.

—Cada día—dijo—leeré á Vuecencia algunos renglones de este libro sublime: es el mejor amigo del pobre ser humano, tan sujeto á error.

—¿Ha sido usted feliz siempre, Cecilia?—preguntó Fabián á la institutriz.

—No, señor Duque: las desdichas materiales, la escasez de bienes terrestres me han perseguido siempre; mi familia ha sido desdichada, según la acepción que el vulgo da á esta palabra, y yo durante mi primera juventud lo he sido también; en la infancia y en la adolescencia, todos pensamos como las personas que nos rodean, y sólo la luz de la razón puede enseñarnos con qué poco motivo creemos dicha lo que no lo es. Desde que comprendí que la sola felicidad verdadera reside en la paz de la conciencia, he dejado de ser desgraciada.

—Si yo hubiera conocido á usted hace algunos años, Cecilia, usted hubiera sido la dulce compañera de mi vida. ¡Qué crueles errores comete el Destino! ¿Por qué no nos ha reunido, ya que todo era acorde entre nosotros, desde nuestra edad hasta nuestros sentimientos? Yo no hubiera caído de abismo en abismo durante toda mi existencia, y usted se hubiera apoyado, para andar el camino de la vida, en un amigo adicto y fiel. ¡Oh, Cecilia, amiga mía, á quien quiero con una afección exenta de toda impureza y de toda sombra, á quien

quiero con el alma, porque mi cuerpo, suspendido al borde del sepulcro, ya no tiene nada de común con los amores terrenales! Yo la amo á usted, porque es la imagen de una niña noble y pura que fué mi primer amor...; se llamaba Amparo, y hubiera sido un dulce amparo para mi corazón; pero ella me fué arrebatada por el cielo, y á usted no la he encontrado en mi camino sino cuando mi vida se acaba... ¡Hágase la voluntad de Dios, y ojalá toque su alma para que me conceda usted lo que voy á solicitar de su bondad!

—Hable Vucencia, señor Duque.

—Pues bien; prométame que los pocos días que me quedan de vida podré verla todos, hablarla y pensar con usted en otra vida donde me espera el juicio terrible de Dios...

—Yo prometo que acompañaré á Vucencia hasta que le llame á su seno ese Dios que sólo debe mirar como un padre misericordioso. Si es muy severa su justicia, aún es más grande su misericordia, y llevando Vucencia con resignación los padecimientos que le aquejan, entrará en su gloria. Él fué el que dijo al malhechor que expiraba á su lado: —*Hoy serás conmigo en el reino de mi Padre.*

Una ancha lágrima rodó por la mejilla del hombre de mundo, del gran señor, del privilegiado de la fortuna según las leyes del mundo, y por una extraña armonía del pensamiento, los ojos de Cecilia se velaron también de lágrimas: ama-

ba, y por la primera vez de su vida; amaba á un moribundo cuya alma solitaria debía encaminar al seno de su Creador. Cecilia era digna de la sublime misión que la había destinado el cielo.

Hizo un esfuerzo para dominar su pena, y viendo en el reloj que era la hora en que el enfermo tomaba una bebida, le presentó la copa de plata que la contenía: el Duque le dió gracias con una elocuente mirada.

Cecilia despertó á la enfermera, que dormía en un rincón de la estancia, y saludando al Duque con una modesta inclinación de cabeza, salió de la habitación que ya hacía muchas semanas no abandonaba el desgraciado enfermo.

VI

La semilla que había depositado la mano piadosa de Cecilia en el alma fría y dura de Alicia, había dado algún fruto. Cuando el egoísmo humano ve cerrados todos los horizontes de la vida, gime, se humilla y busca el consuelo fuera de las latitudes en que se creía seguro y dichoso: entonces el orgullo se confiesa vencido, y si pasa al lado del ateo un alma buena, piadosa y noble, el triunfo del bien es seguro, porque el mal ha perdido la batalla.

Algunos años antes, la hermosa, brillante y adulada Duquesa de Medellín se hubiera reído del modo de ser modesto, del lenguaje y de las ideas de Cecilia. Aquella criatura no figuraba en la escala social: era una pobre mujer que toda su vida se había alimentado con el pan de la servidumbre; era casi una solterona que no había sabido hallar un mal marido ó un bueno y espléndido amante; en ninguna parte podía hacer papel su figura modesta y su traje sin pretensiones; pobre hormiguita que se afanaba en busca del diario sustento, era indigna de llamar la atención de aquella diosa de la hermosura, de aquella nin-

fa coqueta y vaporosa, de aquel conjunto de encantos y seducciones. Pero el Destino había corrido ya sus negros velos en aquellos horizontes que parecían radiosos, y que sólo estaban alumbrados por ráfagas de sangre: la sombra de Barrientos había cubierto sus espléndidos celajes, y el dolor del pasado, el remordimiento, los desengaños, la carencia absoluta de fe cristiana, habían traído el naufragio de la dicha tan mal adquirida y á tan amargo precio comprada.

La Duquesa se había sentido poco á poco invadida por un terror angustioso; ¿terror de qué?: de vivir; de una larga vida sin amor, sin ilusiones, sin belleza, sin dinero, sin una sola condición de las que ella creía indispensables. ¡Vivir sin belleza, sin juventud, sin lujo, sin adoradores, sin esclavos de su hermosura y de su coquetería...! Más, mil veces más valía morir; ¿pero cómo? Ella no tenía valor para matarse. Si hubiera sabido que muriendo causaba la desesperación de alguno, aún hubiera tenido esa última coquetería. Pero ¿quién iba á sentir su muerte? Para todos sería mirada como un bien. Ni su padre, ni su marido, ni sus hijos, ni su actual amante, aquel pollo infatuado que la llamaba vieja á cada paso, que la hacía sufrir ausencias y desdenes, que *la toreaba*, según él decía á sus amigos, nadie miraría su muerte como una desgracia..., ¡nadie!

No quedaba, pues, más remedio que vivir sola, aislada, pobre, despreciada, abrumada de

deudas; y cuando su marido dejase este mundo, ir viendo desertar las pocas personas que aún llegaban á aquella casa, cuya ruina y mísero estado financiero no era un secreto para nadie.

Ya no quedaba en la cochera más que la berlina de mañana, y para tirar de ella el peor de los caballos. El cochero amenazaba todos los días con despedirse, porque hacía cuatro meses que no le pagaban. La vajilla de plata, las alhajas, los cuadros de familia, de gran mérito todo, se había vendido á bajo precio por agentes buscados por Adolfo, que sabía muy bien guardar sus bienes y gastar el dinero de aquella *vieja loca de Duquesa*, como él la llamaba, entre burlas y carcajadas, en casa de una bella *vengadora* donde cenaba con sus amigos.

La Duquesa no sabía ya de dónde sacar dinero: las fincas estaban hipotecadas y vendidas; los usureros la acosaban, y Alfreto no valía para contenerlos ni para contentarlos, porque no quería darles nada. La Duquesa, para olvidar los sinsabores de su juvenil amante y la huida de su belleza, que se iba mucho antes de lo que ella esperaba, jugaba y perdía fuertes sumas á los elegantes juegos de salón, donde con toda *distinción* se consuma la ruina de tantas familias. ¿Qué iba á ser de ella? ¡Ah!; ¡cuánto más valía echarse en los brazos de la muerte é irse con Tomás, que la recibiría en los suyos, y que era el único ser que la había amado con ternura y fidelidad!

Entre el deseo de morir y el temor de buscar la muerte, apareció en la vida troncada y rota de Alicia la imagen de la misericordia divina, que le hablaba con la voz de la justicia, del deber y del arrepentimiento. Cecilia era la enviada del cielo; era el remedio y el consuelo de los grandes males que parecían no tener ninguno. La Duquesa, cuya alma lacerada estaba henchida de disgustos y de hastío, que odiaba á su marido, que buscaba en la deshecha borrasca de su vida un afecto en que apoyarse, oyó aquel acento suave que le recordaba el deber, que le hablaba de sus hijos, que le ofrecía misericordia y paz; y como el náufrago se agarra á los verdes arbustos de la orilla, así ella se asió á la única luz que brillaba en las tinieblas de su desesperación.

Con un sentimiento de alegría que se sorprendió de experimentar, vió asomar entre la cortina de la puerta la rubia cabeza de su hija. Eva vacilaba en entrar: á través de los melosos modales de su madre había adivinado su gran sequedad de corazón, y que no la amaba absolutamente nada, lo mismo que á su hermano; pero ella sí la quería, y su corazón, tierno y sensible como el de su padre, despierto aún por su penetrante inteligencia, se había oprimido muchas veces al sentir el desamor de su madre.

—Entra, querida mía, entra—dijo Alicia dulcemente, fijando una mirada cariñosa en su hija.

La niña halló en aquel acento algo que no es-

taba acostumbrada á escuchar, y su corazón latió gozoso; acercóse á su madre y le dijo tímidamente:

—Me has llamado, mamá, y aquí me tienes.

—Hace ya muchos días que no te veo, hija mía, y lo deseaba. ¿Cómo estás? ¿qué haces? ¿en qué te ocupas?

—Estudio la música, repaso el inglés, el francés y el italiano...

—¿Sabes ya esos idiomas, ó los estás aprendiendo?

—Los sé ya.

—¿Has tenido profesores?

—Sólo mi aya.

—¿Sabe ella todo eso?

—Y mucho más: me ha enseñado algunas labores muy bonitas; hemos bordado juntas un almohadón para ti.

—¿Y dónde está?

—Yo lo guardo.

—Yo nada aprendí nunca, más que un poco de música—dijo la Duquesa suspirando;—y en verdad que el trabajo debe ser un gran recurso para las horas de soledad.

—¡Oh, mamá!; el trabajo, como dice Cecilia, es el mejor amigo.

—Vamos al salón, que quiero oírte tocar algo en el piano—dijo la Duquesa.

—Vamos, mamá.

Y la bella niña, sin temor y sin cortedad, apo-

yó su blanca mano en el brazo enflaquecido de su madre y se encaminó con ella al salón, espléndido de dorados, pero descuidado y polvoriento.

Alicia abrió el piano, que la noche anterior había sido profanado con malagueñas y peteneras cantadas por Alfredito con voz de falsete, y dijo á Eva, señalándole un mueblecito cargado de papeles:

—Ahí tienes mucha música: elige.

—¿Qué quieres oír, mamá?

—Música italiana: de Bellini ó Donizetti.

—Aquí está *Puritanos*—dijo Eva, examinando el musiquero;—el aria de salida del tenor es muy bella para mi gusto. Pero, ¡Dios mío, cómo está el piano!—exclamó Eva después del primer acorde;—¡qué desafinado! Apenas podrás apreciar la exquisita melodía de esta pieza. No importa...; tú dispensarás, mamá, lo que salga mal.

Eva empezó la deliciosa melodía *A te, ¡oh cara!*, y la ejecutó reposada y lentamente, dejando percibir todos los detalles, ejecutándola con delicado gusto y con una gran tranquilidad y un claroscuro que probaban no sólo su instinto artístico, sino también lo profundo de sus conocimientos en el arte. Mientras ejecutaba esta melodía inmortal, por las mejillas de su madre se deslizaban gruesas lágrimas.

¿Era que dormían en el alma de aquella mujer sentimientos tiernos que sólo el dolor y las de-

cepciones habían despertado? ¿Era que las sublimes melodías de Bellini le hacían llorar sus dichas perdidas, sus ilusiones desvanecidas para siempre? Quizá se acordaba de que la ventura de su vida había huído para no volver, con su noble esposo; quizá lloraba el bien perdido por su propia culpa; quizá la sombra de Barrientos pasó ante el panorama de su vida y pronunció algunas palabras de compasión para la ingrata que tanto había amado en vida y que había sido la causa de su muerte.

Eva terminó, y se volvió á su madre, que lloraba con el semblante entre las manos; la niña, tristemente sorprendida, dejó la banqueta del piano y se acercó á la Duquesa; no atreviéndose á separarle las manos del rostro, se arrodilló á su lado y le dijo tiernamente:

—Mamá, ¿qué tienes? ¿sufres? ¿No puedo yo consolarte?; ¿no puedo saber por qué lloras?

—Pienso en tu padre, hija mía, al oír esa dulce y conmovedora música que tan bien comprendes y ejecutas—respondió Alicia.

—Entonces, mamá, lloraremos juntas, porque yo lloro todos los días tocando el piano. Prefiero algunas piezas á las que llamo *de los recuerdos*, y cuando cada día me retiro una hora para ejecutarlas, le digo á Cecilia:

—Voy á hablar con mi padre.

—Pues desde hoy, llámame para pasar contigo esa hora—dijo Alicia, sentando á su hija en la

falda y mirándola como si la viera por la primera vez de su vida; y era que, en efecto, jamás la había mirado con los ojos del alma.

Durante algunos instantes reinó un profundo silencio. Eva estaba extrañamente emocionada: tenía sonrosadas las mejillas y el pecho oprimido; estaba asustada de la explosión del cariño maternal, y en su mente infantil luchaban la desconfianza y la alegría.

La Duquesa, cuyo trabajo interior no era menor, preguntó de repente:

—¿Y tu hermano?

—Está en Londres.

—¿Escribe él?

—Sí, mamá: en las mismas cartas que mi abuelo.

—Y... ¿no dice nada para mí?

—No, mamá—contestó Eva; y luego, deseando atenuar el mal efecto de la respuesta, añadió:

—¡Como tú nunca les escribes!...

—Tienes razón... ¿Cuándo les escribirás tú?

—Pasado mañana.

—Yo escribiré en tu misma carta. ¿Qué hacen? ¿qué te dicen en las tuyas?

—Que me prepare para irme con ellos á Londres: mi abuelo lo exige absolutamente.

—Yo soy tu madre—repuso Alicia con vehemencia,—y quiero guardarte conmigo.

—¡Oh, mamá! Gonzalo dice que debo obedecer á mi abuelo y á él también; y si no fuera porque

pensaban que iban á hacer un viaje muy largo, ya me hubieran llamado.

—¿Un viaje muy largo? ¿Adónde?

—Á Sidney, en Australia.

—¿Con qué objeto?

—Con el de quitar á Gonzalo la idea que tiene de hacerse sacerdote.

—¿En eso piensa?—exclamó Alicia levantándose con ímpetu.—Y entonces, ¿quién me protegerá á mí? ¿quién me amparará en mi vejez desvalida? ¿qué haré yo?

Eva la miró con tristeza: el egoísmo de aquella mujer era tan monstruoso, que mataba hasta los más dulces sentimientos. Después de un silencio prosiguió:

—No; tú no irás con tu abuelo y con tu hermano, porque te necesito yo; ni tu hermano se hará cura tampoco, porque los curas son unos egoístas que sólo viven para sí mismos; y además, ¡no le faltan aún pocos años para poder serlo! ¿Y hasta entonces piensa estar tan lejos de mí? ¡Veremos!

Eva guardó un triste silencio. La contrariedad, el enojo, se pintaban de una manera vivísima en las facciones de su madre; su carácter duro y absoluto, su personalismo, se acentuaban á la más pequeña contrariedad.

—¿No contestas?—exclamó mirando á Eva con enojo.

—¿Y qué he de contestar, mamá?